

LEÓNIDAS Y LAS TERMÓPILAS: ENTRE LITERATURA, ARTE Y PROPAGANDA *

César FORNIS
Universidad de Sevilla

El reciente éxito de la película *300*,¹ incluso no siendo fiel a los hechos acontecidos –o cuando menos al relato que el historiador Heródoto de Halicarnaso ofreció sobre los mismos–, sino al cómic creado por Frank Miller en 1988, ha supuesto el último aldabonazo a la siempre viva memoria del mito espartano, labrado en los campos de batalla. Mucho más clásico, un verdadero *peplum*, había sido el acercamiento de la maquinaria hollywoodiense al mismo episodio bélico en 1962: *The 300 Spartans*, conocida en España como *El león de Esparta*. Si bien distintos, habida cuenta las tres décadas y media que los separan, ambos filmes encerraban una propaganda subliminal destinada al gran público que abogaba por la intervención norteamericana –bajo la bandera de la democracia– en escenarios geopolíticos sensibles del momento (Europa del Este en los sesenta, Oriente Medio hace apenas tres años).² Sin embargo, el cine no ha hecho sino abundar en un tema que habita desde antiguo en la literatura, asociado siempre de manera muy estrecha, aunque desde perspectivas muy diversas, al de la libertad. Es nuestra pretensión hacer un recorrido por la presencia, siempre sublimada e instrumental, de Leónidas y las Termópilas en la literatura y en el arte, pero al mismo tiempo en la propaganda política e ideológica, de los últimos cuatro siglos.

Como es bien sabido, las *Historias* de Heródoto consagraron ya en el siglo V a.C. el heroísmo y el sentido del honor y del deber de los espartiatas en la lucha por la libertad griega. Un drama como es la entrega hasta la muerte de Leónidas y sus trescientos en el desfiladero de las Termópilas, en un intento fútil por contener el paso del invasor desde la Grecia septentrional a la central, adquiere tales timbres de gloria en el relato herodoteo que la idea de derrota se difumina, supeditada a la muerte heroica (VII 201-237). El sacrificio quedó immortalizado en el epitafio que, por mandato de la anfictionía délfica, rezaba en sus estelas, obra del poeta contemporáneo Simónides de Ceos: *Extranjero, ve y di a los lacedemonios que aquí*

* El presente trabajo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación HAR2010-1575 financiado por el MICINN

¹ Producida por la Warner en 2007, hizo la segunda mayor recaudación mundial de ese año, solo por detrás de *Piratas del Caribe*. Obtuvo también diversos premios: Mejor Película de Pelea en los MTV Movie Awards 2007, Mejor Película del 2007, por IGN, Mejor Película de Acción, Aventura y Thriller, por Saturn Awards, y Mejor Adaptación de un Cómic, por IGN.

² Nos hemos ocupado de la impronta de Esparta en el cine, el cómic, la novela y la televisión en nuestra contribución al homenaje al Prof. Bendala: Fornis, 2012.

yacemos en obediencia de sus decretos (Hdt. VII 228.2; D.S. XI 33.2).³ Veinte siglos después, en su ensayo *Sobre los caníbales* (1580), Michel de Montaigne daba primacía a esa derrota, triunfal como ninguna, sobre las grandes victorias griegas en las guerras médicas, porque había mostrado el camino para resistir a los persas: *Aquellas cuatro victorias hermanas –bellas como ninguna otra que haya visto el sol– de Salamina, Platea, Mícale, Sicilia,⁴ no osarían nunca oponer su gloria conjunta a la gloria de la derrota del rey Leónidas y los suyos en el paso de las Termópilas.⁵* Pero será desde mediados del siglo XVIII y hasta el primer tercio del XIX cuando Europa conoce lo que Ian MacGregor Morris ha bautizado como una «Edad de Leónidas», en la que *la batalla de las Termópilas, y Leónidas en particular, sirven como uno de los más poderosos símbolos de virtud y excelencia en el pensamiento europeo*⁶. El poeta británico Richard Glover y el holandés Willem van Haren rindieron tributo al heroísmo y patriotismo de Leónidas en sendos cantos épicos, de 1737 y 1742 respectivamente, que alcanzaron un gran éxito –con traducción a numerosas lenguas– e incluso tuvieron un moderado efecto político. Así, el primero, que sirvió por un lado como censura de la molicie y la corrupción imperantes en la corte real de Jorge II de Hannover y, por otro, como llamamiento a monarca y súbditos en defensa de la aún joven Gran Bretaña, permitió a su autor, un próspero mercader conocido en adelante como «Leonidas Glover», iniciar carrera política; el segundo azuzó al gobierno de las Provincias Unidas de los Países Bajos a impugnar el ignominioso tratado firmado con María Teresa de Austria.⁷

³ El epigrama se encuentra también en el discurso *Contra Leócrates* (109), del orador ateniense Licurgo, en Diodoro Sículo (XI 33.2), Estrabón (IX 4.16), *Antología Palatina* (VII 249) y en la Suda s.u. Λεωνίδης. Cicerón lo tradujo al latín en *Tusculanas* (I 42.101): *Dic, hospes, Sparta nos te hic vidisse iacentes, dum sanctis patriae legibus obsequimur*. Veinticinco siglos después, los versos de Simónides fueron inscritos en una estela de pórfido verde (piedra propia del sur de Lacedemonia) que el estado griego erigió, a título conmemorativo, en el lugar donde presumiblemente aconteció la resistencia final de Leónidas y los suyos.

⁴ Se refiere a la batalla de Himera.

⁵ Citado por Cartledge, 2007: 205-206 y 2009: 245.

⁶ MacGregor Morris, 2007: 235.

⁷ Rawson, 1969: 345-346; Clough, 2004: 365-371, en particular para el contexto histórico a la luz del cual nace y cobra sentido el extenso poema épico de Glover, nada menos que nueve libros y unos cinco mil versos; cf. también MacGregor Morris, 2007: 232 con n. 3 y Cartledge, 2007: 207 y 2009: 246, quien ve en el Leónidas de Glover: *Un patriota hasta la médula, amante cívico de la libertad que llevaba una vida abnegada y austera, opuesta en principio a la de los voluptuosos persas, que languidecían bajo «el control absoluto de su rey Jerjes», pero ese patriotismo por el Estado no está reñido con un patriotismo de familia, a la que el rey no abandona, como le reprocha su esposa, la reina Gorgo.*



Fig. 1. *Leónidas despidiéndose de su familia*, de la edición de 1804 del *Leónidas* de Glover

Similares aires homéricos insuflan el poema con el que en 1812 el prusiano Theodor Körner trata de enardecer a sus compatriotas en la guerra contra Napoleón. Dos décadas antes, en 1792, en el desfavorable arranque de la guerra contra austriacos y prusianos, los diarios de sesiones de la Asamblea Legislativa francesa se habían inundado de invocaciones a los espartanos prestos a morir en las Termópilas y a los atenienses a conquistar Maratón. Era este solo un ejemplo, un destello más en una Revolución Francesa que trajo consigo un auténtico culto de la Antigüedad en el marco del cual el *exemplum* de Esparta alcanzaría su paroxismo con los jacobinos.⁸ En 1799 Leónidas se ve arropado por un importante componente emulador para otros jacobinos, los napolitanos, que derrocaron la monarquía borbónica de Fernando IV para sustituirla por la efímera República Partenopea. Annalisa Paradiso expone en un reciente trabajo cómo el rey espartano y sus trescientos son convertidos en modelo martirológico para los revolucionarios napolitanos tanto para heroizar a quienes se sacrifican en la lucha contra el despotismo y por la libertad como para exhortar a los demás a que sigan su ejemplo.⁹

Jacques-Louis David, pintor de la Revolución y luego del Imperio, plasma a la perfección la atmósfera legendaria que envolvía la simpar hazaña en su *Léonidas aux Thermopyles*, que el artista consideró su obra maestra y que se exhibió finalmente en 1814 después de quince años de proceso creador. En el eje central de la composición, el rey mira directamente al espectador, en desnudo heroico –en un pedestal una

⁸ Véase al respecto Fornis, 2011, que recoge la bibliografía pertinente.

⁹ Paradiso, 2008: 531, que recuerda la inscripción en honor de los cinco jacobinos muertos entre 1794 y la toma del castillo de San Telmo en enero de 1799, así como distintas referencias y glosas sobre Leónidas (también sobre Pausanias y la batalla de Platea) de los intelectuales de la revolución napolitana, con *il Monitore napoletano* como conspicua vía de expresión.

inscripción recuerda su ascendencia divina: *Herakleos*– y rodeado por sus hombres, que portan capas rojas espartanas y coronas, aceptando su destino con gloriosa serenidad – un soldado graba en la roca con su espada una traducción al francés del epitafio de Simónides– momentos antes de afrontar la lucha final contra el persa. Cuenta el biógrafo del pintor que Napoleón, haciendo gala de pragmatismo militar y un tanto ajeno a la leyenda, preguntó al ver la tela apenas iniciada, en 1800, por qué perder tiempo y esfuerzo representando a «un puñado de perdedores», aunque en 1815, cercana la derrota definitiva, quizá acabara por sentirse identificado, ya que solicitó copias para que colgaran en todas las escuelas militares francesas; los acontecimientos habían podido cambiar, pero el cuadro seguía simbolizando *ese profundo, enorme y religioso sentimiento que inspira el amor a la patria*, como lo definiera el propio artista.¹⁰



Fig. 2. *Leónidas en las Termópilas*, de J.-L. David (1814)

Por cierto, qué distinta la mirada neoclásica de David de la expresionista, aterradora y nada gloriosa, de Oskar Kokoschka, que en medio de la guerra fría, en 1954, dedica un tríptico a este tema (*Thermopylen-Triptychon*), compuesto por una primera parte con la despedida de Leónidas (*Abschied des Leonidas*), otra con el combate (*Der Kampf*) y una tercera con los bárbaros (*Die Barbaren*).

¹⁰ Cartledge, 2007: 209 añade que, dada la tendencia sexual del pintor, la tela tiene *una fuerte carga homoerótica* (consciente o inconsciente), comprensible en el marco de las prácticas sociales espartanas. Sobre este cuadro y su simbolismo político e ideológico, que se fue adaptando conforme se sucedían los acontecimientos durante los catorce años de factura, véase Athanassoglou, 1981; Clough, 2004: 371-374; Albertz, 2006: 124-144.



Fig. 3. *El combate*, del tríptico sobre las Termópilas de O. Kokoschka (1954)

Como símbolo de heroísmo y de libertad, Leónidas está representado, junto a John Hampden,¹¹ en las vidrieras del Memorial Hall de la Universidad de Harvard (realizadas entre 1874 y 1902), que conmemora a los hombres de esa institución académica que sirvieron o murieron en la guerra civil americana.



Fig. 4. *Leónidas y Hampden*, en el Memorial Hall de la Universidad de Harvard

¹¹ Hampden fue un miembro del Parlamento británico que se opuso a la conducta arbitraria del rey Carlos I; herido en la batalla de Chalgrove Field, el 18 de junio de 1643, murió seis días después a consecuencia de las heridas.

Casi cuatro siglos antes, Pietro Vanucci, más conocido como «il Perugino», lo había incluido entre los *virii fortes* de la Antigüedad de su fresco alegórico sobre la Fortaleza y la Templanza (*Fortezza e Temperanza*; concretamente su Leónidas encarna la primera de ambas virtudes, junto a los romanos Horacio Cocles y Lucio Sisinio Dentato), con el que decoró entre 1497 y 1500 el Nobile Collegio del Cambio en su ciudad natal, Perugia.



Fig. 5. *Fortaleza y Templanza*, de «Il Perugino» (h. 1500)

Mas regresemos a comienzos del siglo XIX. Después de que Bonaparte se convirtiera en «la espada de la revolución», el aristócrata bretón François-René de Chateaubriand ocupará el puesto de Secretario de embajada en Roma, pero, desengañado de su relación con el emperador, emprende en 1806 su *Itinéraire de Paris à Jérusalem et de Jérusalem à Paris*, cuyas vívidas experiencias plasma en un libro de viajes que con este título publica en 1811 y que ve tres ediciones en menos de dos años. Al alcanzar el valle del Eurotas, el entusiasmo del vizconde es tal que confunde Esparta con Mistra, la ciudadela bizantina, para luego sumirse en la decepción ante el grado de deterioro de los paupérrimos restos y recurrir a la fabulación para nominarlos. Gritó el nombre de Leónidas, pero el eco no se lo devolvió, para después buscar inútilmente su tumba.¹² En el espíritu romántico de Chateaubriand conviven inextricablemente las dos *poleis* griegas rivales: *Al pasar de las ruinas de Lacedemonia a las de Atenas sentí que hubiera querido morir con Leónidas y vivir con Pericles.*¹³

Por entonces, en un contexto filohelénico, el recuerdo de la suprema y suicida resistencia en el desfiladero impregna los llamamientos a la liberación de Grecia del

¹² Rawson, 1969: 294.

¹³ Mossé, 1989: 142-148; Vidal-Naquet, 1992: 147-154, 204-209.

imperio otomano.¹⁴ Ajenos a la dominación turca habían permanecido sin embargo los maniotas, los rudos e ignorantes habitantes del cabo Matapán, antiguo Ténaro, al suroeste de Laconia, en quienes se veía a los indómitos descendientes de los espartiatas; en 1770, con apoyo ruso, formaron «dos legiones espartiatas» que fracasaron en su intento de liberar Esparta¹⁵ y en 1821, con el estallido de la revuelta generalizada, estuvieron entre los primeros en levantarse.¹⁶ En 1798 es ejecutado por los turcos Rigas de Velestino (o Rigas Velestinlís), primer mártir de la revuelta griega, que, con la Marsellesa como modelo, había compuesto ese mismo año el canto guerrero *Thourios*, en el que, cual nuevo Tirteo, animaba a sus compatriotas a levantarse y resistir con el ejemplo de los espartanos en las Termópilas. Byron hizo una traducción al inglés bastante libre de este poema en el año 1811, de la que existen varias versiones; la más conocida, vertida a su vez al castellano, dice en su tercera estrofa:

Esparta; dime, Esparta: ¿qué quietud,
qué sueño hace que yazgas apocada?
Despierta para unirse en multitud
a Atenas, vieja aliada.
¡No olvides a Leónidas, caudillo de epopeya,
que te salvó una vez de la derrota
terrorífico en su fuerza!¹⁷

Dos años después Byron publica *The Giaour* (1813), el primero de una serie de cuentos orientales que fueron muy populares y que se considera uno de los primeros ejemplos de relato de ficción de vampiros. En uno de los pasajes se contraponen el glorioso recuerdo de las Termópilas y de Salamina con el sometimiento de los griegos contemporáneos ante los turcos:

¡Región de los inolvidables valientes!
¡cuya tierra desde la llanura a la montañosa cueva
era hogar de la Libertad o tumba de la Gloria!
¡Santuario de los poderosos! ¿puede ser que
esto sea lo único que queda de ti?
Acércate, cobarde y postrado esclavo:

¹⁴ Véase MacGregor Morris, 2000, con quien estamos en deuda para todo lo que viene a continuación.

¹⁵ Catalina de Rusia se sintió defraudada al comprobar *la degeneración de los griegos, de los espartiatas, más amantes del pillaje que de la libertad*; la prensa occidental, que también culpó a unos griegos *cobardes e indignos de su pasado* del fracaso de la revolución, afirmaba que los maniotas *habían dado pruebas en Patras de su supuesto valor* al abandonar sus puestos por las fuertes lluvias, facilitando la entrada de los turcos (véase Constantine, 1989: 338-341).

¹⁶ El jefe maniota, Petros Mavromischalis, solicitó la ayuda de los estados europeos en calidad de *líder de los espartiatas* (cf. Rawson, 1969: 292-293).

¹⁷ Es esta la traducción recogida en Cartledge, 2007: 211.

dime, ¿son estas las Termópilas?
Estas aguas azules que alrededor de ti lavan [las rocas]
—de descendientes serviles de los libres—
contesta, ¿qué mar, qué costa es esta?
¡El golfo, la roca de Salamina!

En ese ambiente tan romántico como reivindicativo Giacomo Leopardi crea en 1818 un notable ejemplo de canción patriótica o civil, *All'Italia*, con reminiscencias de Petrarca en los parenéticos versos que imaginan a un Simónides componiendo el poema ante la impostura histórica de una huida de Jerjes tras las Termópilas:

(...) y vosotros, honrados y gloriosos
siempre, desfiladeros de Tesalia,
donde Persia y el hado menos fuertes
fueron que pocas almas generosas (...)
Vil y feroz, entonces
huía Jerjes por el Helesponto,
de sus últimos vástagos vergüenza;
y al collado de Antela, en que muriendo
se libró de morir la hueste santa,
Simónides subía,
éter, marina y tierra contemplando.
y de llanto cubiertas las mejillas,
y vacilante el pie, y el pecho exhausto,
la lira sujetaba:
«Venturosos vosotros,
que a la enemiga lanza el pecho disteis
por amor hacia las que os alumbraron;
honor de Grecia, admiración del mundo.
En las armas y cuitas
¿cuán grande amor las mentes juveniles,
cuán grande amor al hado amargo os trajo?
¿Cómo tan dulce, oh hijos,
os pareció el final, pues que corrísteis
riendo al paso duro y lagrimoso?
Cual si a una danza y no a la muerte fueseis,
o a espléndido festín, todos vosotros:
y os aguardaba el Tártaro
oscuro, y la honda muerte;
sin hijos, sin esposa a vuestro lado
cuando en la áspera orilla
sin un beso morísteis, y sin lágrimas».¹⁸

¹⁸ Traducción de Luis Martínez de Merlo. Sobre el tema de las Termópilas en Leopardi, véase especialmente Braccesi, 1995.

Y será el romántico y combativo filoheleno Lord Byron quien acabará por immortalizar para siempre tan homérico campo de batalla en el tercer canto (estrofa 86.7), el conocido como *Las islas de Grecia*, del poema satírico *Don Juan* (1820), puesto en boca de un vate griego que lamenta la situación de su patria:

¡Oh Tierra, retorna de tu seno los vestigios
de nuestros espartanos muertos!
¡De los trescientos, concédenos solo tres,
para forjar unas nuevas Termópilas!¹⁹

Ya durante su primera visita a Grecia en 1810-1811, Byron escribió los dos primeros cantos del poema con el que se dio a conocer, *Childe Harold's Pilgrimage* (1812), que narra, a través del personaje ficticio del título, los viajes del propio barón por Europa y en el que las Termópilas se asocia al resurgir de la grandeza griega (II 73):

Por desgracia no existen aquellos griegos que,
conducidos a seguro sacrificio, hallaron gloriosa tumba
en el desfiladero de las Termópilas.
¿Cuál será el guerrero que encontrará inspiración en su generoso valor?
¿Quién será aquel que, partiendo de las riberas del Eurotas,
te arrebatará al reino de los muertos?



Fig. 6. «Termópilas», de W. Haygarth, *Grecia, un poema* (1814)

¹⁹ Es una traducción al español ligeramente modificada de la que aparece en Cartledge, 2007: 210-211.

Mucha menor repercusión tuvo *Greece, a Poem*, que otro ferviente filoheleno, el pintor William Haygarth, publicó en 1814 acompañado de notas, ilustraciones clásicas y bocetos. En este fragmento comprobamos cómo Haygarth veía en la tierra misma la clave de la liberación de Grecia del imperio turco:

¡Graba profundamente en tu pecho este relato,
y cuando tu país te llame desde tus llanuras
para luchar por la libertad, recuerda a aquellos
que vertieron su sangre, irreductibles, con Leónidas!

Si el episodio era dramático en sí mismo, no lo eran menos los acontecimientos que se desarrollaban desde 1821 en Grecia, donde con la simpatía de Occidente los griegos combatían por la secesión; como ha expresado MacGregor Morris a propósito de la vocación filohelénica, *al recrear el espíritu de las Termópilas, Grecia podía ser rejuvenecida, tanto en sentido moral como político.*²⁰ Casi de manera natural, libertad e independencia antigua (frente al persa) y moderna (frente al turco) son engarzadas por Michel Pichat en la puesta en escena –en el Teatro Francés, el 26 de noviembre de 1825– de *Leónidas*, una tragedia clásica en cinco actos que gozó de amplio favor entre los liberales por un filohelenismo patente desde la dedicatoria misma (*hommage aux hellènes*) que saludaba como *un nuevo Leónidas* a Marcos Botzaris (caudillo griego muerto en 1823 defendiendo Missolonghi, a las puertas del Peloponeso, donde dos años después aún resistía un grupo de hombres). En la escena final, justo antes de arrancarse la flecha de su herida y morir, el rey consuma su heroico sacrificio con sus últimas palabras:

Esparta es libre: vivid; yo, en las umbrías orillas,
voy a reunirme con los héroes de las sombras

Pero la de Pichat no fue la primera obra teatral. El mismo lugar había visto representar en julio de 1794 la pieza de Loaisel de Tréogate titulada *Le combat des Thermopyles, ou l'école des guerriers*, en la que Leónidas, un general democrático más que un rey, derrota y expulsa a los persas, sin que tamañas licencias literarias despertaran inquietud en el entregado auditorio.²¹ El tema se repetiría incesantemente desde entonces en los escenarios franceses, sobre todo en la década de 1820, abordado por autores de muy diversas inclinaciones ideológicas y literarias.²²

²⁰ MacGregor Morris, 2000: 226.

²¹ Rawson, 1969: 285; Paradiso, 2008: 542-543.

²² Rawson, 1969: 294 n. 3 da la lista: *Leónidas, ou le départ des Spartiates* (1799), de Guiblet de Pixérécourt; *Le passage des Thermopyles* (1823), de Villier; *Aux héros des Thermopyles* (1825), de Barbey; *L'ombre de Leónidas à Fabvier* (1827), de Debay; *Le songe, ou les Thermopyles* (1827), de Mercoeur; *Leónidas aux Thermopyles* (1827), de Gouverne.



Fig. 7. Portada de *Leónidas*, de M. Pichat (1825)

El griego no fue el único nacionalismo que hizo uso de las Termópilas. El irlandés Thomas Osborne Davis compone el poema *A Nation Once Again* (hacia 1840), que los nacionalistas irlandeses convertirán en himno de su movimiento y en el que los trescientos espartiatas de las Termópilas en Grecia y los tres hermanos Horacios en Roma se erigen en referentes de la lucha por la independencia:

cuando corría por mis venas el fuego de mi niñez,
leí sobre los hombres libres antiguos
que lucharon bravamente por Grecia y Roma,
trescientos hombres y tres hombres.
Supliqué vivir para ver
nuestras cadenas por la mitad,
y que Irlanda, tanto tiempo una provincia,
fuera una nación una vez más.²³

Al otro lado del mundo, el himno nacional de Colombia, en origen una oda escrita en 1887 por el presidente Rafael Núñez para conmemorar el aniversario de la independencia de Cartagena de Indias, honra en su novena estrofa el ardor guerrero de los colombianos:

La patria así se forma, termópilas brotando;
constelación de cíclopes su noche iluminó.

²³ Citado por Cartledge, 2007: 211-212.

La flor estremecida, mortal el viento hallando,
debajo los laureles seguridad buscó.

Tampoco han podido escapar al hechizo de las Termópilas los intrépidos viajeros europeos (anticuarios, pintores y en general gente cultivada, en mayor grado si participan del Romanticismo) que desde el siglo XVIII, a modo de peregrinajes literarios y espirituales, se adentran en territorio otomano para quedar atrapados por las maravillas de una Grecia redescubierta. Prisionero en Constantinopla en 1799, François Pouqueville compartió y después relató, en *Travels in the Morea, Albania, and Other Parts of the Ottoman Empire* (1813), los sentimientos que se apoderaron de sus dos compañeros de celda cuando alcanzaron el desfiladero en su viaje desde Atenas al norte de Grecia:

En el curso de la ruta pasaron uno de los más celebrados entre todos los celebrados lugares de la Antigüedad –un lugar cuyo nombre es asociado con las más nobles ideas de valor y patriotismo–, el paso de las Termópilas. ¡Qué corazón, qué imaginación no se enciende con este nombre! El alma se ve cautivada por el destino de Leónidas y sus bravos compañeros; la naturaleza humana parece elevada ante el recuerdo de tales hechos.²⁴



Fig. 8. «La tumba de los espartanos», de E.D. Clarke, *Viajes a varios países* (1810-1823)

Por las mismas fechas visitaba Edward Daniel Clarke lugares emblemáticos de Grecia, cuyas experiencias, junto a las vividas en otras regiones, quedaron plasmadas en los seis volúmenes de *Travels in Various Countries of Europe, Asia,*

²⁴ Citado por MacGregor Morris, 2007: 254.

and Africa (1810-1823), libro que le generó pingües beneficios económicos y literarios (entre estos últimos, la amistad de Byron). En las Termópilas conectó con la virtud del pasado, de ese pasado idealizado que necesitaba y buscaba su espíritu romántico. Su impericia anticuaria y arqueológica no le inhibió de identificar, sin asomo de duda, un antiguo túmulo en el que se vislumbraban restos de un pedestal monumental con el lugar en que Heródoto nos dice que fueron enterrados los héroes espartanos, y el túmulo mismo con el poliandrio mencionado por Estrabón. Y como tal lo dibujó.

Unos años antes había sido Marie-Gabriel-Auguste Florens, conde de Choiseul-Gouffier, quien, tras viajar entre 1776-1779 por Grecia y Turquía, había recreado, en su *Voyage pittoresque de la Grèce* (1782), la tumba de Leónidas y el pilar con el epigrama de Simónides, sobre los cuales reposa la personificación de Grecia encadenada.²⁵

Heinrich Reichard, traductor al alemán del libro de Choiseul-Gouffier (aunque sin los costosos grabados que lo encarecían, con lo que contribuyó a su divulgación) y gran amante de los libros de viajes, también declaraba en su autobiografía sentir admiración por las glorias militares de los helenos: *Me sentía en mi casa en los campos de batalla de Maratón y Platea... me convertí en un completo espartano y todo mi ser estaba en las Termópilas.*²⁶



Fig. 9. «Grecia encadenada», de Choiseul-Gouffier, *Viaje pintoresco a Grecia* (1782)

²⁵ Ironías del destino, Choiseul-Gouffier acabó como embajador francés ante el sultán turco entre 1784 y 1792, tiempo durante el cual se benefició de su posición para seguir viajando por Grecia y adquiriendo antigüedades.

²⁶ Citado por Constantine, 1989: 352.

Pero, volviendo a Clarke, le sucedió lo mismo con una fuente cercana, que no podía ser otra que aquella en la que los espartiatas mojaban sus cabellos antes de peinarlos, como en el momento en que son observados por los *scouters* de Jerjes, y con un plátano oriental cuyas semillas colecta y transporta hasta la lejana Cambridge convencido de que ese árbol descendiende de otro que, allí plantado, fue testigo, y por lo tanto beneficiario, de la memorable batalla. Curiosamente el inglés describe el lugar en diciembre de 1801 como *uno de los más desagradables sobre la tierra, en el que el aire malsano y exhalaciones mefíticas se filtran a través de la dislocada y podrida superficie de un suelo corrompido, como si la tierra estuviera enferma*; con todo, *el recuerdo del sacrificio que aquí fue ofrecido hace que se olvide cualquier otra consideración; el paso de las Termópilas ha sido consagrado; es una fuente de los mejores sentimientos del corazón humano y será memoria eterna*.

En mayo de 1805 fue su compatriota Edward Dodwell, otro viajero imbuido de romanticismo, el que nos dejó una vívida descripción del lugar:

Según nos aproximábamos al paso de las Termópilas, el escenario asumía enseguida un aspecto de más belleza y sublimidad. A nuestra izquierda los elevados y agrestes precipicios del Eta, cubiertos con bosques, mientras líneas de plata de manantiales descendientes brillaban en la sombra... Nuestro camino llevaba a través de un bosque de árboles de majestuoso crecimiento, bajo el cual una dispersión de olorosos y floridos arbustos perfumaba el aire, mientras la arracimada vid colgaba sus fantásticas guirnaldas desde el plátano de anchas ramas. La escena era de voluptuosa zalamería. La naturaleza aquí desplegaba todo sus multiformes encantos... Nos acercábamos al lugar donde la mejor sangre de Grecia y de otras naciones había sido tan a menudo derramada.

Dodwell pintó el paisaje que había contemplado en una de sus treinta *Views of Greece* (1821) con las que acompañó su libro *A Classical and Topographical Tour through Greece, during the Years 1801, 1805 and 1806* (1819).



Fig. 10. «Termópilas», de E. Dodwell, *Vistas de Grecia* (1821)

Esta enorme divergencia entre las descripciones, y reacciones, de Clarke y Dodwell, como explica convincentemente MacGregor Morris, no se justifica tan solo porque uno lo visitara en invierno y el otro en primavera, sino por dos formas distintas de entender el entusiasmo romántico; para Clarke el paso de las Termópilas no tiene belleza física, pero sí espiritual, la irradiada por los acontecimientos que allí se desarrollaron, mientras que Dodwell encontró que la belleza física era parte integral del paisaje: los hechos acaecidos reflejaban de alguna forma la belleza de la localización. Parece claro, en cualquier caso, que, lejos de resultar un paraje de gran belleza, es el pasado legendario que envuelve el paso de las Termópilas lo que lo dota de fascinación y sobrecogimiento, como *mutatis mutandis* puede suceder en el Glen Coe de las *Highlands* escocesas.²⁷

En el alba del siglo XX otro insigne bardo, este griego, Konstantinos Kavafis, continúa asociando la excelencia moral a los protagonistas de las Termópilas en el poema homónimo de 1903, incluido entre sus *Poemas canónicos*:

Honor a aquellos que en sus vidas
se dieron por tarea el defender Termópilas.
Que del deber nunca se apartan;
justos y rectos en todas sus acciones,
pero también con piedad y clemencia;
generosos cuando son ricos, y cuando
son pobres, a su vez en lo pequeño generosos,
que ayudan igualmente en lo que pueden;
que siempre dicen la verdad,
aunque sin odio para los que mienten.
Y mayor honor les corresponde
cuando prevén (y muchos prevén)
que Efiálfes ha de aparecer al fin,
y que finalmente los medos pasarán.²⁸

Aunque con un tono más melancólico y menos parenético, Termópilas no deja de ser sinónimo de arrojo y de valor marcial en el poema *Gerontion* (1920), de T.S. Eliot, en el que el anciano monologuista dice:

Ni estuve en las Puertas Calientes
ni combatí en la cálida lluvia

²⁷ Para las vicisitudes y sentimientos de estos viajeros, británicos por lo general, ante el paisaje de las Termópilas nos hemos basado en MacGregor Morris, 2000: 214-223 y 2007 (en este último da cabida a los primeros cartógrafos y topógrafos del lugar, que detallaron los cambios experimentados por el mismo, en particular la retirada de la línea de costa).

²⁸ Traducción de Miguel Castillo Didier. El valor, la rectitud y el honor espartanos se ven agigantados por la traición de Efiálfes, palabra que, por cierto, en griego moderno (*ephialtis*) significa «pesadilla».

ni me metí hasta la rodilla en el pantano salobre, blandiendo un machete,
picado de moscas, combatido.²⁹

Los últimos versos de *The Oracles* (1922), de A.E. Housman, evocan igualmente el relato de Heródoto:

Marcha el rey, con la mitad del Este en los talones, huyendo de las tierras de alborada, sus soldados se beben los ríos, sus flechas horadan el aire. Y el que vive morirá al anochecer y no retornará nunca a casa. Los espartanos sentados en rocas batidas por las olas peinaban sus cabellos.³⁰

Otro poeta, el escocés Norman Cameron, rindió en *The Thespians of Thermopylae* (1927) su particular homenaje a los «otros» sacrificados en las Termópilas, los setecientos tespios que lucharon y cayeron junto a los espartiatas, para los que la tradición ha sido mucho más silente acerca de su valor y más mezquina con su parcela de gloria, y eso que la ciudad beocia de Tespias había contribuido con todos los hoplitas en edad militar (al año siguiente, en la batalla de Platea, los 1800 tespios presentes serían infantes ligeros):

los honores que siempre concede la gente
pasan a los caballeros obsesionados
cuya valentía de zoquetes es un tipo de miedo,
un miedo al pensamiento a las madres zafias y torpes
(«O con tu escudo o en él») en su trasero.
Los espartanos no pueden retirarse. Por qué, entonces, sus elogios
por avanzar han de ser menos que los de otros.
Pero de nosotros, actores y críticos de una obra,
de opinión seria y atinada, que vemos
tantos caminos y escogemos la vía espartana
¿qué dirán las crónicas populares
de nosotros, los tespios de las Termópilas?³¹

En abril de 1941 el paso de las Termópilas fue utilizado una vez más para la invasión de Grecia, ahora por la *Wehrmacht*, acompañada por los temibles panzers y el bombardeo de los stukas. Grecia firmará la capitulación el día 21, pero el desfiladero y sus alrededores verán la resistencia de las fuerzas aliadas, concretamente neozelandeses y australianos; aunque finalmente superada por el ejército germanoitaliano, no resultó del todo inútil porque permitió la evacuación naval de los británicos hacia Creta y no terminó con la exterminación de los resistentes, que pudieron replegarse a Tebas.

²⁹ Traducción de José María Valverde.

³⁰ Traducción de Juan Bonilla, ligeramente modificada.

³¹ Cartledge, 2007: 215-217, que ofrece también un pequeño comentario del poema.

Konstantinos Tripanis, ministro de Cultura heleno en los años 70, evoca el episodio con amargura en el poema *Termópilas 1941*, que se cierra con estos versos:

El extranjero seguirá yendo a Esparta, pero
 anunciará también la muerte del granjero australiano.
 Leónidas es solo una cuestión de prioridades.³²

Cuando la suerte de la II guerra mundial había cambiado y era el ejército «rojo» el que había cruzado el Oder en su imparable camino hacia Berlín, fue Hitler quien apeló a la resistencia de Leónidas en las Termópilas al decidir permanecer en la capital y no retirarse a los Alpes: era el 20 de abril de 1945 y el *Führer* cumplía cincuenta años. Este ejemplo, que trataba de ser edificante, ya había sido invocado por el *Reichsmarschall* Hermann Göring en los últimos días de la batalla de Stalingrado, concretamente el 30 de enero de 1943, cuando reinterpreto al efecto el famoso epitafio de Simónides: *Si vienes a Alemania, di que nos has visto luchando en Stalingrado, obedientes a las leyes del honor y de la guerra;*³³ en marzo de ese mismo año la revista *Signal*, de la *Wehrmacht*, homenajeó la desesperada resistencia del desaparecido VI Ejército de von Paulus elevándola a la gloriosa categoría de las Termópilas. *Leónidas* fue también el nombre por el que se conocía a la escuadrilla suicida de la *Luftwaffe* que estrellaba sus aviones contra los puentes para retrasar el avance soviético en 1945. No en vano Esparta había inspirado a Hitler la llamada «Estrategia de la derrota magnificente».³⁴

Y en los versos del famoso epigrama de Simónides se inspirarán numerosos epitafios, con mayor o menor fortuna, pero siempre con el mismo mensaje de que los allí enterrados, o allí inscritos, cumplieron con su deber y ello es digno de ser conocido y de ser propagado. Quizá uno de los epitafios más elaborados de este modelo sea el que se encuentra en el Commonwealth Cemetery War Memorial en Kohima:

Cuando vayas a casa,
 háblales de nosotros y diles que,
 para su mañana
 nosotros dimos nuestro hoy.

Leónidas y las Termópilas se han convertido, pues, en paradigma de heroísmo (moral más que físico), de virtud y de anhelo de libertad. Los ejemplos serían

³² De nuevo seguimos a Cartledge, 2007: 218.

³³ Quizá fue un símil poco afortunado: el general Strecker, al mando del XI Cuerpo, el último foco de resistencia del aniquilado VI Ejército de von Paulus a orillas del Volga, envió un mensaje al Grupo de Ejércitos que decía lo siguiente: *Prematuro discurso fúnebre. Nos ha molestado.* Sobre este episodio hay que consultar el muy documentado trabajo de Albertz, 2006: 293-308.

³⁴ Para la influencia de Esparta en la Alemania nazi, véase ahora Losemann, 2007.

innumerables, la explotación política infinita, traspasando fronteras e ideologías.³⁵ El último lo podemos encontrar en un artículo de Pedro J. Ramírez en el diario *El Mundo* de 18/3/2007 titulado «Navarra, nuestras Termópilas», que hace de la comunidad foral las Termópilas de una España que resiste los embates del soberanismo vasco. El mito sigue venerándose, como el plátano crecido en los jardines del Jesus College de la Universidad de Cambridge a partir de las semillas traídas en 1802 de las Termópilas por Edward Daniel Clarke: fuerte, robusto, cumplido en 2002 su segundo centenario entre poemas en griego y latín de los académicos.³⁶

Bibliografía

- ALBERTZ, A. (2006), *Exemplarisches Heldentum. Die Rezeptionsgeschichte der Schlacht an den Thermopylen von der Antike bis zur Gegenwart*, München.
- ATHANASSOGLU, N. (1981), «Under the Sign of Leonidas: The Political and Ideological Fortune of David's Leonidas at Thermopylae under the Restoration», *The Art Bulletin*, 63.4, pp. 633-649.
- BRACCESI, L. (1995), «Il sacrificio di Leonida (con Leopardi alle Termopile)», en *Id.*, *Poesia e memoria. Nuove proiezioni dell'antico*, Roma, pp. 13-46.
- CARTLEDGE, P. (2007), *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Barcelona (original inglés de 2006).
- (2009), *Los espartanos. Una historia épica*, Barcelona (original inglés de 2002).
- CLOUGH, E. (2004), «Loyalty and Liberty: Thermopylae in Western Imagination», en T.J. Figueira (ed.), *Spartan Society*, London-Swansea, pp. 363-384.
- CONSTANTINE, D. (1989), *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico*, México (original inglés de 1984).
- FORNIS, C. (2011), «Espartiatas e hilotas en la Revolución Francesa», en F. Reduzzi (a.c.), *Dipendenza ed emarginazione nel mondo antico e moderno, Atti del XXXIII Convegno Internazionale GIREA*, Roma, pp. 511-522.
- (2012), «Un sendero de tópicos y falacias: Esparta en la ficción y en la historia popular», *Spal*, 20, pp. 43-51.
- LOSEMANN, V. (2007), «Sparta in the Third Reich», en N. Birgalias, K. Buraselis y P. Cartledge (edd.), *The Contribution of Ancient Sparta to Political Thought and Practice*, Athens, pp. 449-462.

³⁵ Sobre la leyenda y el simbolismo de Leónidas y las Termópilas en el imaginario occidental, véanse los trabajos de MacGregor Morris, 2000 y 2004, Clough, 2004 y sobre todo la exhaustiva monografía de Albertz, 2006. Por su parte, Rebenich, 2002 se centra en la poderosa influencia ejercida en la historiografía alemana desde el siglo XVIII al XX, en la que no siempre se exalta la gloria de Leónidas (conspicua entre las excepciones es la de Karl Julius Beloch, cuyos demolidores ataques al creciente mito indignaron a colegas académicos de la talla de Eduard Meyer).

³⁶ La anécdota es relatada por Cartledge, 2007: 207 n. 3.

- MACGREGOR MORRIS, I. (2000), «*To make a New Thermopylae: Hellenism, Greek Liberation, and the Battle of Thermopylae*», *G&R* 47, pp. 211-230.
- (2004), «The Paradigm of Democracy: Sparta in Enlightenment Thought», en T.J. Figueira (ed.), *Spartan Society*, London-Swansea, pp. 339-362.
- (2007), «Shrines of the Mighty. Rediscovering the Battlefields of the Persian Wars», en E. Bridge, E. Hall y P.J. Rhodes (edd.), *Cultural Responses to the Persian Wars. Antiquity to the Third Millennium*, Oxford, pp. 231-264.
- MOSSÉ, C. (1989), *L'Antiquité dans la Révolution française*, Paris.
- PARADISO (2008), «Leonida, primo martire giacobino», en A. Lerra y A. Mussi (a.c.), *Rivolte e Rivoluzione nel Mezzogiorno d'Italia 1547-1799*, Manduria-Bari-Roma, pp. 531-545.
- RAWSON, E. (1969), *The Spartan Tradition in Western Thought*, Oxford.
- REBENICH, S. (2002), «From Thermopylae to Stalingrad: The Myth of Leonidas in German Historiography», en A. Powell y S. Hodkinson (edd.), *Sparta: Beyond the Mirage*, Swansea-London, pp. 323-349.
- VIDAL-NAQUET, P. (1992), *La democracia griega, una nueva visión. Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Madrid (original francés de 1990).

